CAPÍTULO VI

MI ALMA YA DEBIA SER CIELO

21.—Mirando a mi interior veo que todavía mi alma no es un paraíso donde Dios se recrea como sueña mi ilusión y sería mi delicia. Los abrojos del amor propio que en ella crecen y la maleza que en mis potencias se desarrolla lo impiden. ¡Qué idealidad de hermosura y encanto es un alma-paraíso! ¡Qué regalo tan delicioso pensar que Dios viniera con su infinita hermosura a recrearse en mi alma! En el alma-paraíso, como en el hogar o convento-paraíso, la serenidad y la paz tienen su morada; la intimidad y la confianza forman su ambiente, porque la suavísima bondad de Dios es su luz y su vida y la envuelve e ilumina en la delicadeza de la abnegada caridad y atrayente benignidad.

Si un alma, o un monasterio, o un hogar no viven el encanto de la serenidad y de la paz, es

porque todavía no se refleja en ellos la mirada santificadora de Dios, ni ponen sus armonías los ángeles del cielo, porque la inquietud del amor propio y el desconcierto de los apetitos y el ansia de regalos y comodidades aún tienen en ellos su alojamiento y dominio.

En el infierno todo es amor propio, y por lo mismo todo es envidia, choque, desesperación y desgracia. No está allí el amor de Dios.

En el cielo todo es armonía, y contento, y bondad, y compenetración amable, porque todo es amor de Dios y luz transformadora y amorosa de los ojos de Dios, que llena de dicha y delicia. Todos son unos para otros y todos para Dios y en Dios viven en exaltación y unión gloriosa. Todo lo embellecen los ángeles en la indeficiente belleza, luz y alegría de Dios. Todo lo llena Dios de hermosura y gozo.

Cuando el alma está limpia de amor propio y vacía de apetitos, cuando los conventos y domicilios particulares viven en ansias de santificación, Dios los llena como llena el cielo, y los ángeles ponen, por disposición de Dios, ambiente de paz y de compenetración en las almas y en los lugares, y los envuelven en delicias y gozos de cielo. Los ángeles acompañan a estas almas y edificios con sus espirituales armonías y regocijos, porque Dios está allí recreándose y recibiendo las alabanzas y amores santos. El alma está ya hecha cielo.

Y en paraíso ha convertido Dios los domicilios y conventos donde viven esas almas en las cuales El se recrea.

Porque Dios está en todas las actividades interiores y exteriores, en todos los pensamientos del entendimiento, en todos los afectos y deseos de la voluntad, en todos los recuerdos de la memoria y movimientos del cuerpo; Dios empapa al alma con su presencia amorosa, porque el alma ya se le ha ofrecido y se ha preparado y le ha suplicado que absorba todo su ser y su vivir.

22.—Dios ha escuchado su súplica y aceptado su ofrecimiento y envuelve al alma en fragancia de amor, y en atmósfera de fe y de bondad. El alma se deshace en agradecimiento gozoso en la presencia de Dios.

¡Qué obra tan maravillosa, Dios mío, queréis realizar en mi alma! Queréis que, al mismo tiempo que la estáis transformando, os pida hagáis de mi alma un cielo, porque Vos lo deseáis y para esto me habéis criado y me llamáis continuamente. Yo con toda humildad y con toda confianza os lo pido ahora. Enseñadme a disponerme para que podáis realizar esta maravilla de hacer de mi alma cielo.

Oigo la palabra que me hablas en mi interior diciéndome que deje todas las cosas y me confíe a Ti. Que me niegue a mí mismo en mi amor pro-

pio y en mis apetitos y regalos y no vuelva la mirada de mi afecto a lo que he dejado. Y me dices que además *me niegue a mí mismo,* o me pierda a mí mismo para encontrarme en Ti, y me olvide de mí para tenerte presente en mi recuerdo. Que renuncie en Ti mi propia voluntad para hacer totalmente la tuya.

Ya me enseñaba San Juan Clímaco que *grande es aquel que por amor de Dios renunció a la posesión de los dineros; pero sólo es santo el que renunció su propia voluntad* (1).

No basta dejar los bienes, y no volver luego el afecto hacia ellos. Es además condición necesaria dejar la propia voluntad, entregándosela a Dios. El día en que yo haya realizado esto y en el momento que me quede limpio, Dios indefectiblemente vendrá a mi alma y hará de mí un cielo y de la morada donde tales almas vivan un paraíso de delicia angélica. Fortalece, ¡oh Señor!, mi voluntad para que ya hagas en mí esta obra tan maravillosa en la unión perfecta de amor.

(1) San Juan Clímaco: *Escala espiritual,* 6.

CAPÍTULO VII

EL TRATO DE AMOR CON DIOS HA DE SER INTIMO Y SINCERO

23.—El alma que aspira a vivir la perfección tiene bien grabado en su entendimiento, y con frecuencia en su memoria, que Dios, a quien busca y a quien se ofrece, no está lejos, sino presente en la misma alma y muy íntimo en ella, más íntimo aún que sus propios pensamientos y afectos y que su propio entendimiento y voluntad, con ser las íntimas potencias de que consta el alma.

Yo estoy en Dios y Dios está en mí. Me acuerde de Dios o no me acuerde, ame a Dios o no le ame, Dios está en mí. Dios me rodea y me empapa. Dios me está dando el ser y la vida y el poder para cuanto puedo; ni puedo ocultarme de Dios ni ocultarle mis pensamientos ni mis actos por íntimos que sean. Y yo estoy en Dios, dentro, en lo íntimo de Dios, aun cuando no lo vean mis

ojos ni toquen mis manos (1). Si le amo, puedo decir que estoy en el mismo pecho de Dios, en la misma esencia de Dios, en la misma sabiduría, hermosura y poder de Dios, recibiendo o participando de su vida y de su calor. En el pecho de Dios y en la luz de Dios debo esconderme y tener mi vida, mi vida natural y mi vida sobrenatural.

24.—Si yo vivo en Dios y Dios vive en mí, sabiendo que El es la bondad y la sabiduría y el poder infinito, debo estar en íntima relación y comunicación de amor con Dios y tener suma confianza en El. Sé que me ama como nadie puede amarme y que quiere mi felicidad y para colmarme de felicidad me ha criado. Sólo El me la puede dar. Pero es necesario que yo la busque, la procure y se la pida.

Mi relación íntima con Dios tiene que ser sincera. No puedo engañarle; el amor que pretende engañar no es amor, sino falsía. No puedo, ¡oh Dios!, engañarte, porque sois la verdad y la sabiduría y porque estáis en mis mismos pensamientos.

Es relación y comunicación con Dios de mis pensamientos, de mis afectos, de mis aspiraciones y deseos, de lo que yo quiero obrar, de lo que

(1) Véase *Dios en mí y Yo en Dios o El cielo,* por Un Carmelita Descalzo.

quiero querer y deseo desear. Es relación tan íntima de lo más íntimo y secreto mío con Dios, que no admite comparación con ninguna otra y ni puedo tenerla con los demás ni los demás pueden ver ni aun comprender.

Dios, íntimo a mí, ve toda esta intimidad, que yo le deseo mostrar y no sé ni expresar ni aun comprender ni cómo se forma y desarrolla en mis pensamientos, en mis afectos o en mis deseos.

Dios, íntimamente amoroso dentro de mí mismo, recoge todo esto que yo le ofrezco, lo más delicado y primoroso que yo tengo y que soy yo con todo mi ser y con todas mis acciones, para perfeccionarlo, transformarlo y divinizarlo. Y Dios me llena de sí; me hace participante de su naturaleza y de sus perfecciones; me da de su misma vida de un modo callado, secreto, misterioso, que ni yo mismo comprendo, pero me la da realmente; sin las emanaciones o rayos gloriosos, sin la realidad de la felicidad, pero se me da realmente. En el cielo me dará ya la vida gloriosa con su misma felicidad y su mismo entender, poder y gozar.

Mi relación y trato con Dios ha de ser, como expresión del amor, tan sincero y verdadero en todas mis acciones como es íntimo. Y mi agradecimiento por tan sobrenatural don, y mi acatamiento a Dios, sobre toda intimidad.

Dios, Verdad infinita y sumo Bien, trata al alma que le ama con amor infinito en verdad to-

tal sin que pueda haber mezcla de menos verdad o algo de dolo. En la suma Verdad no cabe ni dolo ni falsedad, ni equivocación o engaño.

Dios, suma Verdad, está siempre en mí siendo mi vida. De El recibo la vida de mi cuerpo, y la salud y la fortaleza. El me comunica el poder para pensar y para amar. El me proporciona también las pruebas para purificarme y prepararme.

25.—Dios está siendo muy altamente la vida sobrenatural de mi alma por la gracia santificante que me da. Levanta mi alma a una vida muy superior a mi propia naturaleza y ejecuta esta obra tan maravillosa de una manera tan delicada y tan secreta y misteriosa que ni yo mismo la comprendo ni aun la siento. Sé la obra que hace en mí si yo correspondo, porque me lo enseña la fe y algo me explica la razón por los principios teológicos. Cuanto más íntimamente me recoja yo en mí mismo con Dios en humildad, más delicada y primorosamente obrará Dios en mí. Alma mía, mira a Dios en ti y mírate a ti en Dios. Te embellecerá transformándote con su obra de amor.

Dios es mi vida. Dios es la vida de mi ser externo, corporal, y la vida de mi ser interno, espiritual, que es mi alma con sus potencias. Pero Dios quiere ser —y es el único que puede ser— mi vida sobrenatural. Quiere levantarme a la vida sobrenatural y que esta vida sobrenatural se des-

arrolle en mí hasta la perfección, hasta la íntima unión de amor con el amor infinito.

¿Qué es desarrollar la vida sobrenatural en el alma hasta la perfección? La vida y los escritos de los santos nos dan mucha luz para conocer este desarrollo sobrenatural. Empezaremos a verlo en seguida en estas páginas. No es vida gloriosa del alma en la tierra. Es vida de amor de cielo. Es Dios en el alma.

Sé y me doy cuenta, Dios mío, que estás en mí. Sé y me doy cuenta de que yo estoy en Ti, el inefable, el infinito en toda perfección y todo bien, el creador de todos los seres y glorificador de los bienaventurados. También quieres dar la felicidad a todo mi ser. Sed para mí, ¡oh Señor!, la vida natural y la vida sobrenatural. Sed para mí mi Amor, mi Maestro, mi Guía y mi Padre y mi todo. Sedlo ahora de una manera especial, poniendo un reflejo de tu luz y de tu amor en mi alma para enseñarme y para fortalecer mi voluntad a fin de que siempre vaya por los caminos de tu querer y llegue a la vida sobrenatural gloriosa en el cielo. Hablaste y fortaleciste a las almas que se te entregaron en amor, y las hiciste almas fieles y limpias. Habla a mi alma esas palabras que hacen santos; yo estoy atento para escucharlas y recibirlas.

26.—Por la misericordia de Dios hay muchas

almas muy espirituales en el mundo y muchísimas más que, oyendo la palabra de Dios, dejaron el mundo y se consagraron a El en vida recogida y para vivir las virtudes en oración y penitencia. ¿Para qué se despegan del mundo o por completo se alejan del mundo? No para vivir unas con otras, pues ni aun se conocían antes. Lo dejan todo y se alejan de todos para que Dios haga en su alma la obra maravillosa que ni ellas mismas sabían. Ya lo indicaba antes. Aspiran a ser santas. Aspiran a *amar a Dios con todo su corazón y con todas sus fuerzas*. Aspiran a vivir totalmente para Dios. Se apartan de todo para que Dios sea toda su vida. Se recogen para que sus almas dejen de ser amor propio y de vivir para sí mismas y Dios las transforme y haga amor de Dios y las una a Sí mismo en amor. Dejándose a sí mismas en su amor propio, encuentran una vida inmensamente más alta y sobrenatural en la gracia de Dios y en el amor de Dios. Sabemos la verdad de la gracia y de la vida sobrenatural sólo por la fe y por la revelación. La razón sola ni puede verla ni puede comprenderla ni aun tener noción de ella.

La transformación del alma en amor de Dios, dejo ya dicho, es el misterio más grande y amable de la creación exterior. El alma santa dice a Dios con verdad: «¡Mi Amado!», y Dios dice amoroso al alma: «¡Mi Amada!» Es el alma-amor. Es sólo para Dios y toda para Dios.

Capítulo VIII

NOCION DE LA GRACIA

27.—Es el hombre un puñadito de tierra amasada y vivificada por el soplo de Dios. A este soplo con que Dios vivifica este puñadito de tierra amasada llamamos alma; es espíritu; no tiene cuerpo. El alma espiritual da vida al cuerpo y es lo noble del hombre. El alma, espíritu, es la que piensa, discurre y ama por los órganos del cuerpo. El cuerpo se mueve y tiene fuerza y vigor por el alma y recibe la vida por el alma.

El alma no muere. El alma es inmortal. Lo que llamamos muerte es la separación del alma y del cuerpo. El cuerpo sin el alma es un cadáver. El alma continúa viviendo en sí misma en Dios. No necesita lugar para vivir, como no lo necesitan los espíritus.

El entendimiento del hombre no puede tener ni aun noción de cómo vive el alma separada del

cuerpo, porque nuestro comprender es por los sentidos y con influencia de la imaginación, y la imaginación no puede formar noción de lo puramente espiritual, pero el alma es vida y da la vida al cuerpo y continúa siendo vida y viviendo después de separarse del cuerpo.

Un día —me lo enseña la fe—, el día de la resurrección de los muertos, mi alma volverá a unirse a mi cuerpo para darle nueva vida y comunicarle sus propiedades de gloria o de desdicha. Ya desde ese momento no volverá a morir; no volverá a separarse el alma del cuerpo, y el cuerpo recibirá de Dios cualidades de inmortalidad por medio del alma ya glorificada.

28.—Este puñadito de tierra amasada que es el hombre ha sido criado para unirse con Dios, para gozar de Dios, para tener vida, gloria y felicidad de Dios.

Tampoco acaba de entender mi entendimiento cómo un elemento tan dispar y apartado de la naturaleza divina pueda llegar a unirse con Dios. ¿Quién obra este misterio? ¿Cómo se realiza esta maravilla? La realiza Dios y la obra por la gracia divina.

La gracia divina, Dios por su gracia divina, transforma al alma, diviniza al alma y la une en amor y en realidad amorosa con El mismo. Dios no sólo da vida al alma, sino que la transforma

en divina, haciéndola participante de su misma naturaleza y perfecciones para unirla, para levantarla, haciéndola divina y una misma naturaleza y ser con El mismo por la participación que la comunica. Grande delicadeza, grande misericordia y grande Sabiduría y amor es el de Dios.

Soy criatura de Dios. Estoy hecho por Dios y me ha creado para unirme con El mismo y divinizarme cuanto lo permite mi naturaleza, gloriosamente en el cielo. Ahora me transforma, me purifica, me levanta hasta Sí con su gracia.

Dios con su gracia clarifica el alma, y pone esa espiritualización de amor de cielo, de luz y hermosura de cielo. Dios, como que refleja su rostro de infinita belleza en el alma y la viste el vestido de cielo, que es su propia naturaleza divina.

Es misericordia muy especial de Dios para con ciertas almas llamarlas a un recogimiento santo, a una vida más íntima y de mayor trato con El, porque quiere hermosearlas con más escogido encanto y hacerlas florecer con flores más bellas en virtudes más aquilatadas y perfectas. Esas almas deben mostrar su agradecimiento en una mayor fidelidad a tanta bondad y a tanto amor de Dios, aunque quisiera hacerlo con todas y en todos los estados. Todo es obra de la gracia de Dios. Y toda gracia es bondad y amor de Dios. San Pablo decía: *Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí, antes he trabaja-*

do más copiosamente que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (1). Todas las almas fieles han repetido esta expresión de San Pablo, agradecidas en la tierra y gloriosas en el cielo.

29.—Ha sido bondad de Dios, largueza de Dios, gracia de Dios para conmigo el haberme llamado y continuar llamándome; el haberme dado luz y fortaleza para que le busque, y le encuentre, y le ame y me despegue de las cosas y disipaciones materiales para amarle más y que El ponga en mi alma virtudes más radiantes. De todo he de servirme para amarle más y crecer en la virtud.

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí.

¿Por qué me he recogido y deseo ahora recogerme más en Dios? ¿Por qué mi voluntad desea ser de Dios cada día más perfectamente y que Dios me posea y me haga naturaleza suya y me transforme en amor suyo? ¿Por qué parece que envidio a la gotita de agua absorbida y transformada en un magnífico perfume, deseando ser absorbido y transformado en el fragante amor de Dios? ¡Qué misterios tan delicados y dulces obra el Señor por su gracia en las almas!

(1) *1 Cor.*, 15, 10.

Todo es obra de Dios por su gracia. Todo es amor de Dios y gracia de Dios.

San Pablo muestra sumo interés en hablar y admirar —ya que no pueda aclarar— los misteriosos tesoros de la gracia. Muchos sabios y santos, siguiendo a San Pablo, han hablado y escrito grandezas y maravillas de la gracia.

30.—La más grande merced de Dios y su más grande don es comunicar o dar su naturaleza a una criatura, porque es darse a Sí mismo con todas sus perfecciones, como el don más íntimo, más valioso y más personal de un hombre es darse a sí mismo; pero Dios se da y se comunica por una más alta y noble manera sin comparación.

La gracia es la comunicación de la naturaleza divina o la donación que Dios hace de Sí mismo a una criatura espiritual; o expresándolo de otro modo: la gracia es la participación que Dios da de su misma naturaleza a la criatura espiritual. Sólo podemos saberlo por la fe, porque Dios nos lo ha revelado. La inteligencia del hombre por sí misma no puede verla ni conocerla. Como es obra sobrenatural, sólo Dios puede darla, conocerla y darla a conocer. Cuanto sabemos de la existencia de la gracia y qué es lo sabemos por la fe.

La santidad es el crecimiento o desarrollo perfecto de la gracia en el alma. La gracia hace crecer y florecer maravillosamente las virtudes. O se

puede también decir que la santidad es la iluminación, la hermosura, la riqueza y la vida sobrenatural desarrollada en el alma por la gracia y en la tierra se manifiesta por las virtudes. Es llama de amor y hace arder.

La gracia produce en el alma efectos maravillosos de vitalidad sobrenatural. La naturaleza divina de la gracia comunica al alma irradiación celestial. Es llama de cielo y enciende fuego de cielo. Sólo por la fe puedo saberlo.

31.—El alma de vida interior y el alma santa sienten un gozo muy superior a todos los demás gozos humanos pensando en la hermosura y nobleza, en la claridad, en el poder, en el encanto de la gracia, en las virtudes tan excelsas que en el alma hace florecer y en los efectos y transformaciones que obra en el espíritu. No hay en lo criado nada semejante a sus sorprendentes y dichosos efectos, como efectos que son de la obra más extraordinaria de Dios en la creación. Es una obra sobrenatural y con efectos sobrenaturales, hecha directamente por Dios y sólo por Dios.

Quiero yo deleitarme pensando en ellos y animarme a cooperar con Dios, para vivirla con la mayor abundancia o intensidad posible.

La gracia transforma la pobreza humana en riqueza y belleza sobrenatural y divina. La gracia

hace de pecadores o tibios, almas angelicales y seráficas.

Quiero pensarlo no para los sabios teólogos, que sabrán dispensar la imprecisión de mis expresiones. De ellos tomaré los pensamientos. Quiero pensarlo para mí y para las almas, que no tienen esos especiales estudios ni entenderían la terminología teológica, pero que quieren amar mucho a Dios y unir su voluntad al divino querer con toda la delicadeza y primor, y vivir vida teológica, para que leyendo las bellezas de la gracia se aumenten sus deseos de amar a Dios y fomenten más las virtudes para que crezcan los afectos para que sean llama viva de cielo en la tierra.

32.—*¿Qué es la gracia de Dios?* ¿Qué hace la gracia en el alma y cómo está en ella? ¿Qué misterios y qué hermosuras encierra la gracia y pone en el alma?

En España, muy pequeñitos aún, aprendimos y nos enseñaron nuestras buenas madres que *la gracia es un ser divino que hace al hombre hijo de Dios y heredero del cielo.* Así decía el *Catecismo de la Doctrina Cristiana.*

Hermosa definición de la gracia es ésta, puesta al alcance de todas las inteligencias, un tanto resumida de la definición exacta que da la teología. Al aprenderla de memoria no nos dábamos cuenta de las altas verdades que encierra, porque la inte-

ligencia de niños aún no estaba desarrollada perfectamente ni apta para comprender sus profundos conceptos. Pero es, resumida, la misma definición que de la gracia da la teología expresada en palabras que todos pueden comprender como se comprende la comparación tan afectuosa y tierna con que lo explica. *La gracia me hace hijo de Dios y heredero del cielo.* La gracia rebasará espléndidamente mi grande ensueño. El hijo se parece a su padre, y el alma con la gracia tiene la vida y la imagen de Dios.

La definición de la teología me dice esto mismo un poco más detallado para que los mayores y entendidos se formen un concepto más preciso, más claro y científico, si le podemos dar el nombre de científico. Esta definición dice así: *La gracia es un don sobrenatural puesto por Dios gratuitamente como una cualidad permanente en la esencia de la criatura espiritual para conseguir la vida eterna. Con este don se hace hija amada de Dios y heredera del cielo.*

Expresándolo con menos precisión, pero con mayor claridad y sencillez, se dice: La gracia santificante es una realidad sobrenatural comunicada e infundida al alma en su esencia, realidad que da al alma participación de la naturaleza, de la vida y de la perfección divina real y formal, aun cuando accidentalmente. Es accidentalmente porque se recibe

como accidente, no como sustancia, y porque se puede perder.

Esta real participación de la naturaleza divina se da al alma en orden a la vida eterna o para la consecución del cielo. Ella misma es ya *el principio o un anticipo de la gloria* (2) y nos hace hijos de Dios y *herederos de la vida eterna* (3).

Se me enseña aquí claramente que la gracia es participación de la vida sobrenatural de Dios, de la omnipotencia de Dios, de la hermosura y del amor divino. La teología me dice que el alma con la gracia se deifica, o es hecha Dios por participación; los efectos completos se sentirán en la gloria.

33.—¡Qué mundo de grandeza, de luz, de hermosura, de amor y bondad, de maravillosas obras de Dios está encerrado en la noción que comunica esta definición de la gracia! ¡Qué horizonte de altísima nobleza, de atrayente e insuperable idealidad se abre ante el entendimiento! Aquí alborea ya el inimaginable mundo de la vida sobrenatural y de las íntimas e incomprensibles maravillas de Dios con sus ángeles y con sus almas en el cielo y también con algunas almas santas viviendo aún en la tierra. Aquí se vislumbran los resplandores que los santos vivieron iluminados por Dios. El

(2) Santo Tomás de Aquino: *Suma teológica,* II, II, q. 24, a. 3, al 2.

(3) *I Pet.,* 3, 22.

mundo material y natural, el mundo corpóreo visible o soñable con todas sus propiedades y fuerzas desconocidas para el hombre; el mundo con todos los inventos realizados hasta el presente y con las ilimitadas aspiraciones para el futuro, no tiene comparación ni puede dar la más remota idea del mundo sobrenatural y de las maravillas que Dios obra en las almas y en los ángeles.

El mundo natural y el mundo sobrenatural son dos órdenes distintos. El mundo natural de suyo no puede conocer ni aun formarse idea del mundo sobrenatural. Tenemos conocimiento del mundo sobrenatural por la fe que enseña la verdad revelada por Dios. Por la fe esperamos el cielo sobrenatural.

En esta definición de la gracia y en la ilusionada luz de verdad que nos deja entrever o adivinar, está encerrada como en semilla fecunda y portentosa la más deslumbrante belleza, el gozo más regalado, la más desbordante alegría, y la esperanza más alta, más abierta y risueña que puede caber en la inteligencia y en el más exaltado soñar como es la esperanza de la felicidad perfecta, sobrenatural y para siempre. Ni aun comprenderlo podría si Dios no lo hubiese revelado. Sólo la fe nos enseña tanta hermosura.

34.—La gracia santificante es un don sobrenatural gratuita y generosa y amorosamente puesto

por Dios en un alma o en una criatura espiritual; aun añado que *es el don de Dios por excelencia en la creación y que sobrenaturaliza y diviniza al alma o espíritu que lo recibe.*

El Don personal en la vida íntima y en la actividad esencial, infinita y eterna de Dios, es el Espíritu Santo o Amor Infinito. El Espíritu Santo es el Don Infinito y eterno en amor infinito de la Inteligencia infinita e increada del Padre y de la Palabra o Sabiduría infinita e increada, pero engendrada del Hijo. El Don infinito de infinito amor es el gozo infinito, eterno e increado, pero espirado y procedente del Padre y del Hijo, Dios como ellos y en nada inferior a ellos.

Este es el vivir íntimo, increado, feliz y eterno de Dios. Esta es la vida esencial siempre infinita de Dios en infinito y actual poder, en infinito y actual entender, en infinito y actual amar y gozar y poseer actuales todas las perfecciones simultáneas y en infinita perfección, siempre en la infinita y gozosa vida sin deficiencia ni menoscabo alguno, siempre renovada en sí misma.

En la creación externa y temporal de este mundo, el Padre dio al mundo el Don de su Hijo en el misterio incomprensible de la Encarnación del Verbo, de la Sabiduría infinita, de la Inteligencia infinita para que hubiera en la creación una alabanza digna de Dios, infinita como Dios, para redención de los hombres y fuera ejemplo perfecto

de la vida humana. Dios unió el alma de Jesucristo en unión hipostática con el Verbo.

En esta creación externa y temporal, Dios da su gracia divina y pone su gracia divina en los seres espirituales, ya sean ángeles, ya sean almas. Da este su don divino a cada uno para que puedan conseguir no sólo una felicidad natural, sino también la felicidad sobrenatural, que consiste en la visión directa de la esencia divina y con la visión de Dios poseer a Dios viviendo y gozando su misma vida y su misma felicidad en el cielo en Dios y con Dios para siempre. Dios es vida infinita y felicidad infinita. El hombre será felicidad y vida participada y finita según haya hecho capacidad en sí por las virtudes y la gracia y según sea su gracia.

35.—Dios pone su gracia divina en el ser espiritual y la pone en mi alma y con su gracia levanta mi alma al orden sobrenatural. Por encima de todo lo natural que veo o puedo ver, que comprendo o puedo comprender, me levanta a participar de la misma naturaleza sobrenatural de Dios.

La gracia hace del alma la nueva criatura sobrenatural.

Dios pone su gracia en mi alma para, después de mi muerte, poder comunicarme la *luz de gloria* y verle directamente en su esencia y con la visión gloriosa, poseerle en dicha. La posesión de

Dios me llenará de dicha y de gloria y me hará feliz, completamente feliz con la felicidad del mismo Dios y para siempre, porque gozando en Dios tendré el cielo, pues Dios es el cielo verdadero e infinito y de infinito gozo (4).

La gracia divina da a mi alma la amistad con Dios; aún más, me hace hijo de Dios; me une a Dios y, aun en la tierra, *es el comienzo de la gloria.*

Con la gracia divina se da el mismo Dios a mi alma. La gracia es la participación de Dios; hace que mi alma participe de la naturaleza del mismo Dios no gloriosamente, pero sí realmente. *La gracia es por lo mismo la donación voluntaria y amorosa del mismo Dios a mi alma.* Es lo que la teología —y más aún los libros espirituales— me dice que *con la gracia Dios diviniza o deifica el alma,* porque con la gracia adquiere el alma participación real de la naturaleza divina.

Con la gracia se pone la Santísima Trinidad en el alma de modo especial y con amor especial. Con la gracia se da realmente el Padre Ingénito, infinito y eterno, el Hijo Increado, infinito y eterno, y el Espíritu Santo Procedente, infinito y eterno, un solo Sumo Bien y Suma Santidad, y comunican al alma la santidad, la bondad y el amor de Dios y todas las demás perfecciones. Dios amorosísimo

(4) Véase *Dios en mí* y *Yo en Dios* o *El cielo,* por Un Carmelita Descalzo.

se da al alma en sus tres personas; se da y la comunica una vida nueva de otro orden, el sobrenatural, superior sin comparación a la vida natural que antes tenía.

36.—Aun cuando el alma tiene de momento el mismo sentir y el mismo pensar y el mismo obrar que antes tenía, recibe en realidad el obrar sobrenatural y el merecer sobrenatural. Ante ella quedan abiertas las puertas gloriosas del cielo. El bálsamo suavísimo de Dios ha embebido y transformado esta alma infundiéndola savia nueva de cielo y vida sobrenatural de la infinita vida del mismo Dios. Dios endiosa al alma y la prepara para el glorioso endiosamiento del cielo en El mismo. La gracia transforma y diviniza al alma.

El alma con la gracia, participa ya de la naturaleza, del amor, de la perfección de Dios, aun cuando todavía no se haga ni sensible ni glorioso. Esta alma *está ya en el comienzo de la gloria,* que se consumará con todos sus efectos gloriosos en la vida feliz y dichosa del cielo viendo a Dios, poseyendo a Dios, viviendo gloriosamente su sabiduría, su omnipotencia, su felicidad y dicha. Participará del mismo gozo infinito de Dios.

Esto me explica que la gracia no es sólo un don sobrenatural; es el don espiritual sobrenatural por excelencia puesto y dado por Dios al alma. Con este don se comunica Dios, y se da, y se une al

alma altísima y delicadísimamente. Une el entendimiento mío y la voluntad mía, potencias de mi alma, con el mismo entendimiento y voluntad de Dios. Une la impotencia y nada mía con su omnipotencia y con su sabiduría, hermosura y dicha infinita.

De esta verdad que me enseña la fe, puedo levantar la mirada de mi entendimiento y pensar y soñar hermosuras y altezas y más altezas tratando de poder formar en mi pequeñez alguna idea o imagen, aunque muy vaga y difusa, de las maravillas que más adelante veremos obra Dios en las almas perfectamente muertas a las curiosidades y gustos mundanos, muertas a su amor propio y entregadas a la misericordia de Dios. Estas almas, cuando han llegado a vivir total o casi totalmente para Dios en recuerdo actual y no ponen ya impedimento alguno a su querer, sienten amorosa y deliciosamente esa infinita misericordia de Dios en suavísimo amor que con maravillosa mano se complace en regalarlas tiernísimamente después de purificarlas.

37.—Todos los demás dones o mercedes que se pueden soñar, ya sean exteriores ya interiores, ora corporales ora espirituales, no tienen ni la más remota comparación con estas mercedes, como no admite comparación lo finito con lo infinito, la

oscuridad con la claridad, la fealdad con la hermosura.

Todos los beneficios recibidos son dones de Dios y dones gratuitos, pues Dios a nadie debe nada ni está obligado a nadie en nada. Pero la gracia es el don por excelencia. La misma gloria es el premio de este don sobrenatural. Sin este don, no puede el alma entrar en la gloria. También me enseña esta verdad la expresiva frase de Santo Tomás: *La gracia es el comienzo de la gloria* (5), y como ya nos había enseñado San Pablo que haciéndonos *hijos de Dios nos hace herederos del cielo* (6) en unión de Cristo y por Cristo.

La gracia es verdadera y real participación de Dios y de su naturaleza divina comunicada al alma. Resalto esta verdad y quiero se me grabe imborrablemente en mi entendimiento, porque en ella veo que todas las demás perfecciones o cualidades que podamos tener o soñar de cualquier orden, ya sean espirituales como inteligencia preclara, dotes artísticas, y aun profecías y revelaciones, ya corporales como habilidad, belleza, simpatía, no admiten ni comparación con este singularísimo don de Dios, como las perfecciones y los seres finitos no admiten comparación con el Ser infinito y las perfecciones infinitas.

(5) *Suma teológica,* II, II, q. 24, a. 3, al 2.
(6) *Rom.,* 8, 17.

38.—Dios pone esta participación de su naturaleza en lo íntimo del alma, en la misma esencia del alma. Los demás dones espirituales que Dios comunica, sensibles o insensibles, están basados en la gracia, se reciben en las potencias del alma; pero la gracia se recibe en la misma esencia del alma.

La gracia, participación que es de la naturaleza divina, es superior y más valiosa y noble que las naturalezas angélicas. La alteza y gloria de los ángeles es según la gracia que tienen o en proporción de la participación que Dios les comunicó de su naturaleza divina. El ángel que más participa de Dios es más alto y noble y más ve y conoce más de la esencia divina y tiene más felicidad y más gloria y es más amado de todos los demás ángeles y bienaventurados. La gracia le dio la capacidad de recibir o fue la medida de la participación que tiene de las perfecciones y de la naturaleza divina. La participación puso en su ser las perfecciones y el amor, como un metal tanto más vale cuanto tiene más de oro y más se acerca al oro puro, norma del valor.

No vemos la esencia del alma ni la comprendemos ni aun podemos figurárnosla y menos podemos ver la gracia sobrenatural, ni comprenderla, porque es espiritual y se recibe a modo de naturaleza natural en la esencia del alma y también necesitábamos comprender a Dios y es imposible comprenderle en la tierra, y sería imposible des-

pués de la muerte sin la infusión de la luz de gloria. Tan hermosa es la luz que sólo la fe puede poner en el alma

Dios da este su don de la gracia al alma, para que el alma se le apropie y haga suyo y le usufructúe y cultive unida a Dios, y para acrecentarle.

La gracia es espiritual; no pueden verla los ojos; no puede entenderla el entendimiento; pero es un ser real, físico; no es corporal o material, sino espiritual. Quien carece de fe, no puede ver estos caminos y efectos de tan sobrenatural grandeza y delicia.

El alma no puede ver ni comprender lo más grande y lo más hermoso y valioso que puede tener y lo que la engrandece y endiosa. Como no puede verlo ni sentirlo, no puede tampoco saber directamente cuándo está en gracia.

La gracia está por encima de la visión de mi entendimiento. Es superior a todo lo criado. Leo en los autores de teología que es superior al mismo cielo y a la visión beatífica; es por lo menos no sólo la semilla del cielo y de la visión beatífica, sino también la medida de la gloria o de la visión gloriosa de Dios que en el cielo ha de tener el alma.

En el cielo serán los resplandores, gozos y encantos de cada alma según haya sido el sol de la gracia que en la tierra tuvo. A mayor participación

de Dios en su misma naturaleza, corresponde más alta y perfecta visión de la esencia de Dios, mayor amor de Dios y mayor felicidad. Expresándolo en una frase diré: a más intensa gracia, corresponde más perfecta visión de la esencia de Dios, mayor gozo y más alta gloria.

Alto y exacto es el pensamiento que San Agustín expone con estas palabras: «Amando a Dios somos hechos dioses» (7); «Dios te quiere hacer Dios no por naturaleza como es el Verbo a quien engendró, sino por la donación y por adopción» (8).

Ya, repito, porque es necesario tenerlo muy presente, que sólo podemos tener conocimiento de la existencia de la gracia y de su naturaleza divina por la revelación de Dios y la fe nos lo enseña. Si falta la fe no se puede creer ni en la existencia de la gracia sobrenatural ni en la hermosura íntima de la vida sobrenatural ni aun en la existencia de la misma vida sobrenatural. La vida interior del cristiano, como la vida de la santidad y el crecimiento y desarrollo de la gracia, es toda de verdad de fe y sólo se conoce por lo que la fe nos enseña. Con la crisis de la fe viene la falta de la estima de la gracia.

Quien no tiene fe no puede creer ni en la gracia ni en los efectos interiores de la gracia, pues

(7) *Sermón* 121, 1.
(8) *Sermón* 166, 4.

no lo ven ni lo tocan los sentidos del cuerpo. No puede conocer lo más noble y maravilloso de la creación. Tampoco puede esperar el abrazo amoroso de Dios uniendo el alma con El mismo en amor y haciendo del alma un amor y un ser con su mismo amor y su mismo Ser; la deifica o endiosa sin que pierda su personalidad y su propio ser. Sin la fe en la gracia y en la vida sobrenatural no puede haber esperanza de cielo. Dios es mi Padre porque pone en mí y me da su misma naturaleza.

Capítulo IX

LA GRACIA PONE EN EL ALMA EL SER SOBRENATURAL

39.—Quiero recrear mi alma y bañar mi espíritu en gozo y en luz pensando que la gracia, al hacerme participante de la naturaleza de Dios, me hace hijo de Dios, y al hacerme hijo de Dios me hace heredero del cielo, me envuelve y empapa en recuerdos de las futuras e interminables luces, armonías, bellezas y regalos del cielo y llena mi entendimiento de sabiduría y de pensamientos de ángeles y de afectos de la esperada felicidad. No me da toda esta hermosura y delicioso ensueño en sensible y gozosa actualidad, pero sí me los da en esperanza y en oculta raíz, como un muy rico tesoro de joyas y de oro que tengo guardado bajo tierra o en el arca que es realidad de la propiedad y posesión.

La gracia pone en mi alma esperanza sobrenatural y con ella aspiraciones de vida eterna, de felicidad gloriosa, de dicha sobrenatural en Dios.

Quiero sumergir mis potencias, y hasta mi imaginación, en la luz y en el gozo inefable de la esperanza de la felicidad, presentando a mi entendimiento esta luminosa verdad: *por la gracia recibe mi alma la semejanza de Dios* (1). La gracia infundida en mi alma *hasta lo más íntimo de la voluntad y de la razón, y embebida por todo el ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará cuasi en Dios* (2). Tengo naturaleza de Dios participada aunque todavía no gloriosa hasta que llegue al cielo.

Quiero deleitarme pensando cómo Dios pone la gracia en lo íntimo de mi alma, en la esencia misma de mi alma. Me gozaré viendo que esta gracia es un ser criado, pero divino y hermosísimo; es un ser altísimo y nobilísimo, por ser participación del mismo Dios. La gracia es un ser real y una participación real de Dios; es existencia verdadera de la misma naturaleza de Dios en mi alma y produce y pone en mí el ser nuevo sobrenatural, superior, sin comparación a todo lo

(1) Santo Tomás de Aquino: *Suma contra los gentiles,* lib. III, cap. 151.

(2) Fray Luis de León: *Los nombres de Cristo:* Rey de Dios.

natural, y me hace hijo de Dios, heredero de Dios y de su deidad por participación y comunicación, aun no gloriosamente. Esta verdad cristiana es de las más delicadas y regaladas y pone en el espíritu las más halagüeñas y radiantes ilusiones, que un día han de tener una insoñable y gloriosa realidad. Es un sol que ilumina y embellece el futuro del hombre con diafanidad y esperanza de cielo, más que el sol del firmamento ilumina la atmósfera y embellece la superficie de la tierra.

40.—Al recibir el alma la gracia, recibe algo que no tenía antes. La gracia engendra o produce en el alma una nueva existencia, un nuevo ser sobrenatural. Ella misma constituye ese nuevo ser.

Si antes no existía y ahora está en el alma es un ser producido por el poder de Dios, pero es ser sobrenatural, por encima de todo lo natural, muy superior a todo lo natural. Lo sobrenatural ni se hereda ni se transmite. Lo da solamente el ser sobrenatural, que es Dios. Dios dijo: «Vosotros sois dioses.»

Este nuevo ser del alma no es ni corporal ni material, sino puramente espiritual. No puede ser producido por el alma ni nace del mismo alma. Es incomparablemente superior al alma; es sobrenatural, y lo sobrenatural, repito, ni se hereda ni se transmite. No está en la mano del hombre. Es Dios mismo quien produce este ser sobrenatu-

ral en el alma amándola con especial amor. Sólo Dios puede producirlo, y lo pone en lo íntimo del alma, en la esencia del alma. Dios lo produce de la misma capacidad del alma, no siendo propiamente criado, sino producido. Es el amor de Dios en el alma. Es un ser real, físico, no material, sino espiritual como el alma, pero sobrenatural y muy superior al alma.

41.—Al recibir el alma en su esencia este ser nuevo, esta criatura nueva, recibe como una segunda naturaleza que la levanta al orden sobrenatural. Aun cuando se recibe a modo de naturaleza sobrenatural, puede perderse. Es propiedad de la naturaleza obrar, y esta naturaleza obra acciones sobrenaturales.

Esta criatura nueva sobrenatural transforma ya al alma en sus obras, resultando las obras de esta alma informada por la gracia obras sobrenaturales y de mérito para la vida eterna. El cuidado y esmero en practicar estas obras produce y acrecienta las virtudes, y la práctica de las virtudes aumenta la gracia en el alma, que es aumentar la misma naturaleza sobrenatural y la capacidad de obrar más numerosas y más perfectas acciones sobrenaturales.

Como el alma es la vida del cuerpo y da la vida y el obrar al cuerpo, la gracia es la vida sobrenatural del alma y da el obrar sobrenaturalmente al al-

ma (3). La nueva criatura y el nuevo ser produce una nueva vida y un nuevo obrar. Como son criatura y ser sobrenaturales, muy superiores y por encima de toda otra criatura o ser natural, producen en el alma, o el alma con ellos, el nuevo obrar sobrenatural con mérito sobrenatural, adquiere más facilidad de obrar acciones sobrenaturales y más perfectas.

Esta criatura nueva sobrenatural, por lo mismo que es criatura, o sea, producida o creada por Dios, no puede ser el mismo Dios, pero es el don de Dios por excelencia y la participación de Dios y comunicación de Dios al alma.

Alma mía, piensa y sueña cuanto puedas en esa nueva atmósfera sobrenatural y verás nuevas bellezas, nuevas alegrías, nuevas riquezas y tesoros, nuevas verdades y realidades que en nada se parecen a estas realidades y bellezas de la tierra. Y por altos, y fascinadores, y mágicos que sean tus sueños, nunca pueden ni aun muy remotamente acercarse a la nobilísima y deliciosísima realidad. Las cosas que vemos y conocemos en la tierra o nos proporciona el estudio o describe la novela, comparadas con esa hermosura impalpable, y con esa luz suavísima, y esa siempre renovada alegría de la gracia, son todas desvaídas, y feas, y muertas.

(3) San Agustín: *La ciudad de Dios,* 11, 26, y *Confesiones,* 10, 22.

¡Tanto es su esplendor y tanta su radiante belleza y su encanto de luz sobrenatural!

42.—Alma mía, Dios ha puesto en ti una nueva vida sobrenatural e incomparable, de inmensa mayor estima que la natural de tu cuerpo y de tu inteligencia, que tanto estimas. Esa nueva vida es imagen viva del mismo Dios y participación real de la misma naturaleza divina, cuyos efectos gloriosos y sensibles están ocultos. Esa nueva vida es la planta que dará su flor de fragancia eterna en el cielo y será tu gloria y tu dicha inacabable.

Alma, la bondad de Dios te ha levantado amorosamente sobre ti misma y te ha hecho su hija muy amada y te ha adornado con un insoñable vestido de cielo. Dios generosamente te ha ennoblecido con una nueva vida sobrenatural, que te hace semejante a Dios mismo y te deifica, aunque mientras vives en la tierra esta deificación está oculta a tus ojos, no es aún gloriosa y puedes perderla.

Nos encanta ver, conocer y admirar tantas y tan variadas perfecciones como Dios ha prodigado por los seres materiales y la espléndida hermosura con que ha adornado la naturaleza. ¡Cuánto más nos encantaría y admiraría si nuestra vista, o al menos nuestra inteligencia, pudiese ver y conocer las inmensamente más delicadas, variadas y mara-

villosas perfecciones y bellezas de los seres espirituales!

Y con ser tan admirables los seres espirituales con sus inconcebibles perfecciones, no pueden ni aun compararse con este nuevo ser sobrenatural que Dios produce en el alma comunicándola su misma naturaleza, y a este ser llamamos gracia divina.

43.—Sólo Dios puede comprender este ser divino, porque sólo Dios puede comprenderse a Sí mismo, como sólo Dios puede darlo. Sólo Dios, por modo misterioso y altísimo que escapa a la inteligencia del hombre en la tierra, puede hacer participante de su naturaleza y de sus perfecciones divinas a los seres espirituales. Sólo Dios puede levantar los espíritus a vida sobrenatural y divina, porque sólo Dios es el ser sobrenatural por esencia, y es omnipotente. Sólo Dios, único Creador de todo, está sobre todo lo natural, creado por El, y es el único ser sobrenatural por su misma naturaleza, y puede comunicar cuanto quiera de su naturaleza a los demás. Decimos seres sobrenaturales comparados con otros seres inferiores.

La gracia de Dios es el nuevo ser sobrenatural que Dios ha puesto en el alma. Es sobrenatural, como el amor de Dios que la produce es sobrenatural; excede sin comparación a todo otro ser natural creado por Dios.

Este nuevo ser sobrenatural, esta gracia de Dios y amor de Dios, es participación de su naturaleza divina y de sus perfecciones divinas. Si es participación de la naturaleza divina y de las perfecciones divinas, está claro y manifiesto que ningún otro ser criado puede compararse ni en nobleza, ni en perfección, ni en hermosura y claridad a este nuevo ser que Dios pone como cualidad permanente en la esencia del alma, pero que aunque puesto en el alma y siendo accidente del alma, es inmensamente superior al alma y da al alma el poder obrar sobrenaturalmente.

Porque la gracia es participación de la naturaleza de Dios y de sus perfecciones divinas, hace al alma hija de Dios por adopción y heredera del cielo.

La gracia hace al alma apta para entrar en el cielo y conseguir la visión beatífica al recibir la luz de gloria en que Dios transforma la gracia.

Sólo Dios da la gracia y por eso es don de Dios y gracia sobrenatural. Dios la da, pero la hace crecer y desarrollar según la cooperación del alma y la fidelidad en las virtudes. Dios la da, pero quiere se la pidamos y nos enseña a pedirla diciendo: Venga a nosotros tu reino.

Capítulo X

LA GRACIA HACE AL ALMA HIJA DE DIOS Y LA PREPARA PARA EL TRATO CON DIOS

44.—Bien experimentamos y claramente nos dice nuestra inteligencia que el hombre es de distinta naturaleza que Dios.

Es de distinta naturaleza no sólo por nuestro cuerpo, que es material y Dios es espíritu purísimo; lo es también por el alma, aunque es espiritual, como son de distinta naturaleza que Dios los ángeles, aunque son también espirituales y no tienen cuerpo.

Fue error crasísimo de los paganos atribuir cuerpo a Dios y poner en El flaquezas y pasiones como en los hombres. De ello se lamentaba Cicerón, aunque no se libró de este error, cuando decía que Homero *fantaseaba estas cosas y atribuía lo humano a los dioses. Yo mejor quisiera que hu-*

biera atribuido y trasladado lo divino a nosotros (1). Esto hace precisamente la gracia divina.

También los ángeles han sido creados como el alma, aunque espirituales, en un orden natural. Por su naturaleza tampoco tenían capacidad para ver la esencia de Dios. La visión beatífica de la esencia de Dios y la gloria y la felicidad sobrenatural son de orden sobrenatural. Dios se la dio a los ángeles, como se la da al alma humana, levantándolos al orden sobrenatural por su gracia divina, haciéndolos con ella participantes de su naturaleza divina y de sus divinas perfecciones.

Dios es el único ser sobrenatural por su misma esencia. Dios es el único Criador de todo cuanto existe y el único que puede dar la gloria.

La gracia sobrenatural levanta al orden sobrenatural al alma y a los ángeles. Dios da su gracia en orden a la vida eterna, en orden a la visión directa de Dios en su esencia, y esa visión constituye la felicidad sobrenatural, dando la posesión gloriosa de Dios y llenando de gozo y delicia gloriosos.

Dios es naturaleza distinta de todos los seres y superior a todos. Es el único ser sobrenatural. Dios ha criado cuanto existe y es superior a todo con infinita distancia, ni puede haber comparación entre lo criado y finito y el Criador e Infinito. Dios es la hermosura infinita, el Criador de todo bien

(1) *Questiones Tusculanae*, 1, 26.

y de toda hermosura y el que da la gloria y la felicidad. Lo es por su esencia.

El hombre es de distinta naturaleza que Dios, con más diferencia y distancia que hay de una piedra y de un animal al hombre o al ángel.

Dios quiere hacer al hombre hijo suyo y comunicarle su felicidad.

45.—Hijo es el ser vivo que procede de otro en igualdad de naturaleza.

La inteligencia infinita de Dios, entendiendo su esencia infinita, produce en sí misma la idea infinita tan infinita y tan perfecta como la inteligencia infinita que la entiende y la produce. Es el Verbo Eterno de Dios o la Palabra infinita de la inteligencia infinita, que encierra o tiene toda la sabiduría infinita de la inteligencia infinita. Siempre eternamente, la Inteligencia infinita se ha entendido a sí misma, que es la esencia infinita y ha producido la idea o Palabra Infinita, que es la misma esencia infinita entendida tan eterna como la inteligencia que entiende.

La Palabra entendida es la misma esencia y la misma naturaleza que la inteligencia que entiende, con la única diferencia que la inteligencia engendra la Palabra eterna, y la Palabra eterna, eternamente es engendrada. Como la Inteligencia produce o engendra la Palabra, y la produce en semejanza e igualdad de naturaleza, la llamamos Padre

y a la Palabra o Sabiduría engendrada, igual en la naturaleza y en todas las perfecciones infinitas a la Inteligencia infinita, la llamamos Hijo. Siempre este sol eterno ha irradiado de sí el resplandor y el calor y eternamente lo irradiará.

El Verbo eterno o la Palabra eterna de Dios es la segunda Persona de la Santísima Trinidad, Dios infinito y simplicísimo y la misma esencia y naturaleza infinita y única que el Padre y le llamamos y es hijo eternamente engendrado por la inteligencia infinita, con las mismas perfecciones que el Padre (2).

Sólo el Verbo Eterno, la Palabra Eterna, es Hijo natural de Dios, Dios verdadero, eterno y consustancial con el Padre y la misma esencia infinita y simplicísima, engendrado eternamente en la misma naturaleza; es luz eterna de la luz eterna, vida eterna de la vida eterna, un solo Ser Omnipotente, simplicísimo, una sola esencia infinita en todo bien y es la perfección infinita.

Dios quiere hacer al hombre hijo suyo. La criatura no puede ser eterna, ni tener la misma naturaleza infinita, ni las mismas perfecciones en grado infinito, ni puede ser una misma esencia infinita con Dios, ni puede haber más de un infinito, y Dios ha determinado hacer al hombre hijo adopti-

(2) Véase más adelante, en el cap. XIV, núms. 71 y 72, y Un Carmelita Descalzo: *Dios en mí,* meditaciones VIII y IX, y *Yo en Dios o El cielo,* cap. XXIV.

vo, como hizo al ángel, ya que no puede ser hijo propio y natural.

46.—El hijo para ser hijo ha de ser semejante en la naturaleza al padre y proceder del padre y tener la vida y ser imagen viva del padre.

El hombre en su estado natural es de distinta naturaleza que Dios y mientras no tenga la misma naturaleza de Dios no puede ser hijo de Dios ni puede recibir la herencia de hijo de Dios con la visión beatífica y gloriosa de su esencia y la visión gloriosa de la posesión de dicha en lo que consiste el cielo sobrenatural. No puede ser hijo propio y natural de Dios, porque no procede de Dios en semejanza de naturaleza, ni es eterno, ni es infinito. Si procediese sería Dios verdadero.

Sólo el Verbo Eterno es el Hijo propio y natural de Dios y Dios verdadero como el Padre, y una sola esencia con el Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo en infinito gozo, eterno también como la inteligencia que entiende y la Sabiduría entendida, como es eterno el Amor y el Gozo producidos y llamamos Espíritu Santo.

Dios desea hacer al hombre, Dios desea hacerme a mí, si yo quiero y coopero, hijo suyo por adopción y por amor, y se me dará El mismo y me dará por herencia el cielo, que es El mismo con su gloria y su delicia eternas.

Espero ver a Dios directamente en su esencia

y, con la visión de la esencia de Dios, entrar en la posesión de Dios glorioso y gozar la felicidad perfecta.

Para poder ser hijo de Dios, aun por adopción, tengo que tener naturaleza semejante a la de Dios, tengo que participar de la naturaleza de Dios y de sus perfecciones, no en grado infinito ni con perfección infinita, pero sí necesito verdadera participación de la naturaleza de Dios. Y Dios amarosísimo hace este prodigio conmigo. Me da su amor, y con el don de su gracia transforma mi alma y me pone en ella la vida sobrenatural, la participación de El mismo.

La gracia divina me hace verdadero hijo de Dios por adopción. Me deifica dándome naturaleza de Dios, en cuanto participo de El, aunque no de modo infinito; Dios me da su vida sobrenatural y me dará después su gloria y su felicidad.

Grabemos bien la idea básica de que Dios es el único ser sobrenatural por su misma esencia. Dios es el Ser infinito, el Creador de todo cuanto existe. Ni puede haber más de un infinito. Sólo el Poder infinito puede crear y únicamente Dios es el Poder infinito.

47.—Si el alma humana ha de ser hija de Dios y feliz con felicidad sobrenatural, necesita que Dios la dé participación y comunicación de su naturaleza sobrenatural. Cuando tenga la excelsa y

gloriosa perfección en el cielo, será feliz con felicidad natural y con felicidad sobrenatural.

El alma no es grata a Dios en amor especial ni es hija adoptiva de Dios sólo por haber recibido el ser y la existencia de El. Todos los seres han recibido de Dios el ser y la existencia que tienen, y lo han recibido y lo conservan porque Dios les ha amado y los ama.

Todas las criaturas y todos los seres son buenos en su ser y en su existencia y son amados de Dios. Dios les ha vestido con las cualidades, perfecciones y bellezas que tienen porque les ha amado y les ama.

Dios está por esencia, presencia y potencia en todos los seres que existen. También está por esencia, presencia y potencia en el hombre y en el ángel. Dios está en todos los seres desde el Serafín y Querubín más alto y más noble hasta las bacterias más imperceptibles; desde el astro más inmenso hasta el átomo invisible; desde el colosal cetáceo hasta el impalpable microbio, y está en la materia muerta presidiéndolos, conservándolos, gobernándolos y dándoles las cualidades y propiedades que cada uno tiene.

Dios ha dado al hombre un alma espiritual y por el alma es superior a todas las demás criaturas visibles y en parte las domina ya en la tierra y las conocerá y dominará perfectamente después de la

muerte, cuando reciba la corona y el cetro de la felicidad gloriosa en el cielo.

Pero si Dios está por ese secretísimo modo en todos los seres, está con amor especial en los espíritus que están en gracia. En las almas en gracia está con amor de Padre, con amor de Amado y con amor de Premiador.

La gracia sobrenatural es obra o efecto sobrenatural que pone en el alma el especial amor de Dios a esa alma. Ese amor especial, la gracia sobrenatural, levanta al alma a participar de la naturaleza y perfecciones sobrenaturales y superiores a su propia naturaleza. Son las perfecciones y la naturaleza del mismo Dios infinito que comunica al alma su amor especial.

La gracia sobrenatural, dada por Dios, levanta al alma a una naturaleza superior a la suya, la transforma dándola semejanza a la naturaleza divina, y haciéndola participante de esa divina naturaleza, la viste el vestido sobrenatural de hija de Dios y la prepara y hace hija de Dios por adopción como a los mismos ángeles del cielo.

48.—La herencia de los hijos de Dios es poseer la vida y las perfecciones del mismo Dios. El alma en gracia vive en Dios y Dios vive en el alma en gracia y ha puesto en ella ese amor especial, real y verdadero, como es real y verdadera la vida que vive de Dios. El alma hecha semejante a Dios en

su naturaleza divina, por la gracia recibida, ha sido levantada a vida sobrenatural, a hija de Dios y recibe la aptitud para en su día recibir la visión beatífica por la luz de la gloria que Dios la dará, y con ella tiene derecho al cielo. De hecho recibe ya perfecciones divinas en propiedad, pero que puede perder, y cuando sean gloriosas e inamisibles será feliz en el cielo.

La herencia del hijo de Dios es el cielo, es la vida gloriosa de Dios. Con la participación de la naturaleza divina se ha deificado el alma, pero hasta que entre en el cielo no será gloriosamente.

Dios, con su amor especial, pone su gracia divina en la esencia misma del alma y la pone a modo de naturaleza sobrenatural.

Como el alma es la vida del cuerpo y le da el vivir, el sentir y el obrar, le da el pensar y el amar, la gracia es la vida sobrenatural del alma y la da el vivir, el obrar y el amar sobrenaturalmente, y es la vida y el principio vital sobrenatural, que produce las virtudes, y con las virtudes, el florecimiento y desarrollo de una nueva gracia, y hace florecer y dar su fragancia a la fe, esperanza y amor con la esperanza de conseguir y gozar la felicidad sobrenatural de la vida eterna en el cielo. En el cielo tendrá también el glorioso y sobrenatural gozar.

49.—Porque la gracia es el principio vital que produce la santidad, es también la naturaleza so-

brenatural y está en el alma y obra en el alma a modo de naturaleza. San Pablo nos lo afirma con estas palabras: *La gracia de Dios es la vida eterna* (3). Aunque participada, es vida pura y perfecta, sin sombra de muerte, de imperfección o de temor cuando sea luz de gloria.

La gracia de Dios hace al alma morada amorosa de Dios. La Trinidad Santísima vive en el alma en gracia muy agradada en amor especial, y con la gracia, obra en el alma su obra de amor que es la santidad y la unión de amor con Dios, si el alma coopera con su voluntad al amor divino, Dios hace maravillas en esta su morada si la encuentra fiel con esforzada y perseverante cooperación y la embellece con espléndida riqueza e inapreciable primor. Es la insospechable riqueza y hermosura que puso en los santos.

Si estoy en gracia poseo a Dios en amor especial de hijo suyo. Todo es obra maravillosa del amor especial de Dios. ¿Por qué no veré yo, Dios mío, esta maravilla vuestra en mí? ¿Por qué no me será concedido ver mi alma con la hermosura de la gracia y cómo va creciendo en mí la gracia? ¡Qué distinta sería mi vida!

(3) *Rom.*, 6, 23.